

MONTERREY

Correo literario de

ALFONSO REYES

Tres años de ausencia le cuentan a Alfonso Reyes sus amigos de París, los franceses y los sudamericanos, y estos años, claveteados muy de tarde en tarde por una esquila de esas suyas, angostas de papel y esenciales de sentido como su vainilla mexicana. Al encontrarnos en París sus amigos, siempre la pregunta: “¿Qué ha sabido usted de Alfonso Reyes?” Una o dos noticias trocadas, siempre poca cosa para el cariño grande que le tenemos y que le cuidamos.

Sabíamos desde otros lados que Buenos Aires le comía su tiempo y que la juventud vanguardista de allá, con la cual publicaba *Libra*, vivía ahora en el disfrute de la lonja nuestra: su intimidad preciosa y su disimulado y agudo magisterio. Algunos teníamos ya nuestro miedecito de que Buenos Aires lo matara a agasajos, según la frase de Martí, como mató con efusiones espirituales y de mesa a Amado Nervo.

Mucho tiempo hacía que la América no tomaba contacto con Reyes, a causa de sus estadas de quince años en Madrid y París y no le explotaba para los jóvenes la mina de ópalos de Querétaro de su conversación. Algunos diplomáticos nuestros, de los hacendados u ovejeros, no se han dado cuenta de que detrás del perfecto Ministro de Méjico en París había un maestro literario como no lo ha tenido la América ni siquiera con Rodó; los que nos sabíamos bien esta verdad, deseábamos secretamente que la rueda de la Embajada girase un día hacia nuestros pueblos, para bien de aquellas juventudes.

El deseo secreto, no confesado a nosotros mismos, movió un día la rueda que los teósofos llaman “de la causa”, y que yo nombro

sin esa prosopopeya, y nos llevaron a nuestro Alfonso Reyes, que con lágrimas bien apuntadas en los ojos cariñosos, se despidió de nosotros.

Bien castigados en nuestra generosidad los que quedamos, porque en este curioso mundo también se castigan las generosidades. Entonces, al quedarnos sin él, hacíamos esos balances de Juicio Final que se traen los adioses.

Construyendo Víctor Andrés Belaúnde conmigo cierto día un peregrino mapa de las conversaciones egregias, ambos enviciados en el mismo panal, llegábamos a la de Reyes. “La conversación es una danza, dice Belaúnde, y tiene todos los tiempos de la elegancia, de la cordialidad hecha signo visible, sus sugerencias astronómicas y sus finas sensualidades”.

—“La conversación de Alfonso Reyes— añadía Belaúnde, ya es un lujo en el género, la pieza maestra de mi colección”.

Cierto; y los que hicimos de ese cordero pascual comida cotidiana durante un año conservamos de lo recibido sin mérito y de lo disfrutado sin atajo, el mismo sentimiento de Aladino cuando dejó la cueva de los portentos: “¿Por qué me salí?”, y el mismo tocarse los bolsillos llenos. Sólo que el tesoro de Reyes conserva, ya sacado al sol, la discreción de lo precioso soterrado. Nada brilla mucho y las esmeraldas del tamaño del membrillo no hacen gritar, porque él les tapa el bulto mañosamente.

Alguna vez yo lo llamaba “un maestro de dificultades” y “de austeros repechos” en oposición —que él no busca— con los maestros fáciles de seguir y de alcanzar. El enseña lo que más cuesta a nuestra gente: el amueblamiento cuidadoso del alma antes de que se abra el salón a los forasteros, que es una tentación que a todos nos pierde; la disciplina de los años y de los años el estudiantado antes y después de las canas; la elección de un rombo de pulgadas en vez de la adopción del kilómetro, en la que caemos los ambiciosos; el castigo de nuestras vísceras morales predilectas;

el énfasis, el instinto suelto, la facilidad, el regodeo en lo propio y el odio cerrado de lo ajeno; la escrupulosidad de relojero y de encajero; el santo escrúpulo del buen artesano rematador, de lo acabado de veras; la vida literaria entendida como un banquete de ases caballerosos y no como una corrida de baqueta entre soldadesca y presidiarios.

Todo lo cual él lo enseña sin discurso, ni siquiera acápite didáctico, viviendo su vida literaria dentro de estos compases visibles; su didáctica es la didáctica de los santos (la de San Francisco de Sales, me diría Eugenio d'Ors).

Esta mesa tendida de super ejemplo literario nos faltó de un golpe, un buen día, nos la retiraron para llevársela al Plata. Mi gusto del bien del prójimo sufrió la prueba menos alegremente de lo que la pragmática se esperaba. Allá está bien, pero también lo estaba acá, con los otros y conmigo en quien expurgó bastante ballico y cortó muchas hierbas locas.

El deseo vuelve a servir, según los mentalistas. Esta semana ha llegado en cuadernillo de cuatro hojas el primer número de un *Correo literario* de Alfonso Reyes, se llama *Monterrey*, como su ciudad y me sirve a mí hasta con el título. El nombre de su pueblo, negramente ingrato para mí (1), se me lava como con potasa y se me trasmuta en este bulto querido de Alfonso Reyes. A Río de Janeiro le mandaré una linda fotografía de su *Sierra de la Silla* (2), que ha debido ser buena montura de sus sueños infantiles.

El *Correo trae* sus secciones, y así la conversación recuperada se segmenta como el insecto adulto; un *Propósito* que rehusó con el tono el carácter de *Mensaje*; un cuidado *Boletín gongorino* para servir a la clientela, que crece con cada día, del preclaro cordobés; un elogio de *Guardias de la pluma* enderezado a García Monje y

(1) En Monterrey yo resulté comunista para los conservadores y en Michoacán "mocha" (beata) para los radicales . . .

(2) Hermosa sierra dentada que domina la ciudad.

a Max Daireaux, ambos divulgadores ya celebrados o ya apaleados, de la cosa americana; una bibliografía vivificada de un comentario breve y agudo de libros, en la que, naturalmente, Méjico se lleva dos grasos tercios; el cocktail bastante alcoholado y excitante de un poemita de vanguardia y una nota de insistencia en las *jitanjáforas* descubrimiento suyo y muy lindo descubrimiento.

El *Propósito* explica esta novedosa hojita de prendas que es llamada *Monterrey*, apuntándole antecedentes para que no asuste, y la define con esta agudeza . . . : "Un boletín de noticias de trabajo, casi una carta circular. En suma, un correo literario . . . pres-tándose al diálogo entre amigos que quieran aclarar consultas o cambiar erudiciones por este medio; siempre hospitalario pero siempre casa privada y no edificio público; siempre habitación de una sola persona que no ha de explicar sus preferencias; de aparición periódica en lo posible, y frecuente según convenga al redactor único, puesto que es un papel de obsequio, una carta impresa; útil como tarjeta para agradecer los muchos libros que nos enviamos unos a otros y de que apenas podemos ya acusarnos recibo, a riesgo de abandonar toda otra tarea —el correo literario (este Correo Literario que pongo bajo la advocación de mi ciudad natal por motivos puramente cordiales)— sale hoy a desandar la trayectoria de todos mis viajes, en busca del tiempo y del espacio perdidos, para limpiar las veredas de la amistad y atarme otra vez al recuerdo de los ausentes: a toda rienda, a todo anhelo, todo él galope tendido, ijar latiente y redoble de pezuñas y espuelas".

Ni muy pocos ni muchos quiere él para el Convivio; y yo, "insufrible demócrata" le hago con toda conciencia el daño de llevar la noticia del *Correo* a la gacetilla, a fin de que se lo pidan desde los cuatro puntos cardinales . . .

El fino conversador ha llegado al Brasil, a tierra de otra lengua, por muy prima hermana que sea de la nuestra; ha sufrido la necesidad de conversar en español, y de esta hambre nos sale el *Correo*. La tertulia con los ausentes se reanuda y los que oímos podemos anotar que el conversador se nos ha quedado igual, a

Dios gracias, a pesar de las mudanzas repetidas de auditorio y de camaradas.

Al "guarda de la pluma" Max Daireaux, Reyes dice lo que debía decir acerca de sus olvidos; de una que otra cargadura de la mano usada aquí o allá en el elogio, pudo reconvenirle con igual cortesía; (1) pero el caballero bien agradecido que lleva adentro Reyes, aparte del técnico de estos trabajos espantosos de un panorama literario, no podía dejar de tender las dos manos al francés para decirle que le estima la empresa de Hércules, cumplida con veinte literaturas locales. El último en llamar frívola una labor que ha obligado a leer doscientos libros enteros a lo menos, sería Alfonso Reyes, que ha andado en apretaduras semejantes de responsabilidades bibliográficas y críticas.

Interesa el problema que plantea Max Daireaux sobre Reyes. ¿Es un español pasado por Méjico? ¿o es un mejicano de tomo y lomo? La cosa valdría capítulo aparte. Me acuerdo de que una vez don Francisco de Icaza protestaba con cierta cólera delante de mí, de que su gente le llamaba "español químicamente puro" y le trataba como a un descastado —verdadera excomunió en el colegio de los fieles allá en la meseta.

El caso de don Francisco se vuelve más delicado con Reyes. El preciosismo de su prosa lo encaja en la casilla de Góngora y allí ha estado y sigue estando; pero las frecuentaciones pueden ser inclinaciones y no siempre filialidades. Reyes salió preciosista de la meseta de Anáhuac y salió así porque dentro de lo español de que lo nutriera su buena Universidad lo que más se acordó con su naturaleza de exquisito nato fué eso, Góngora. Por otra parte, esta naturaleza intelectual de fineza pura abunda allí a causa de que la cultura india parece haber sido muy preciosista en sus remates —manufactura refinada desde las cajas de Olinalá a los bastones de Apizaco. Añadir a lo anterior lo que él mismo ha ex-

(1) La cargadura de la mano se pasó del peso y la medida, conmigo, por ejemplo.

plicado de sí describiendo el paisaje de Anáhuac. Su sangre española lo hubiera hecho en otra parte mejor exuberante que constreñido; pero en aquella naturaleza metálica, en la que las propias formas vegetales —maguey u órgano— parece que se rompieran con ruido seco de acero y que brillaran también con brillo de plata y no de savias oleosas y rodeado como un príncipe azteca de artesanías minuciosas, casi chinas, que le alhajaran la casa, este español se nos bajó del puño grueso al filo de la espada castellana, y se gongorizó antes de Góngora como su Sor Juana a quien ni la beatería basta la hizo condescender nunca con bastedades. La misma explicación para un costado de Rubén, que no ha sido dada hasta ahora.

El comentario de libros se lo devora el asunto mejicano. Servidor más leal de su divulgación no lo tiene Méjico y de ahí puede venirle el ser sospechado de aztequismo algunas veces . . . Aprendemos por el de una revista *Quetzalcoatl* dedicada a una investigación científica del indio y que me dan ganas de pedir si no aprendiéramos con su aparecimiento la suspensión. El buen indicador señala aquí la conveniencia de "salir de las declamaciones político-sensibleras sobre el indígena" y de entrar en los estudios sociales serios con una brava pica. Ya es tiempo, porque en el incienso que el indio recibe, cualquier día ya no se van a ver sus facciones propias, lo mismo que no se las vió cuando la Conquista se puso a soterrarlo a cien metros bajo el suelo.

La bibliografía mejicana nos trae una noticia de las de a libra: dos obras de militares que se incorporan al gremio literario . . . Los bien pagados, los bien *viajados*, LOS BIEN DESOCUPADOS, ESTÁ BUENO QUE OPTEN POR ESCRIBIR. Leer cosas que han descubierto, es mejor que matar, y el escribir es una función tan civil que puede convidarlos a fundaciones también civiles. Aparte de que ellos son las gentes que en América disponen, hoy por hoy, de más dinero para comprar libros y para viajar, cosa digna de anotarse en nuestro Continente donde los maestros no lo tienen para ninguna de las dos cosas.

Provechosa ocurrencia este *Correo* en que se oye conversar a un Maestro al que retiene un solo país y del que han menester varios. El no sabe que lo necesitamos mucho; él sabe apenas que lo queremos y, por saberlo, descubrió esta estratagema para estar con muchos, la cual entra en las malicias divinas del Espíritu Santo. Llamado fuertemente, El viene siempre, y viene sin dejar a los que estaba asistiendo, agrandando no más su llamarada, lo que no le cuesta ninguna fuerza. Vea usted, Alfonso Reyes, cómo me sirven también para usted las metáforas teológicas. Sin *también*: Sirven especialmente para usted. El Espíritu Santo es la persona más aristocrática entre las tres; el Padre se ocupa de alimentarnos por sostener lo que creó; el Hijo se ocupa de que nos acordemos del origen común y de que no nos volvamos una familia monstruosa de iguanas, escorpiones e hijitos de Adán, todo ello revuelto, y el Espíritu Santo subviene particularmente a nuestra confortación, dándonos, a una vez conocimiento y gozo, pues da la Gracia que es esas dos cosas en una. En la literatura nuestra, falta bastante la tercera persona: demasiada gente da toneladas de sustento libresco; demasiada también de almudes da sentimiento, y la paloma esquiva se ve bajar raras veces; nuestros ojos se olvidan ya de su ampo, fresco y caliente, y no estamos completos sin él, Alfonso Reyes.

Gabriela MISTRAL.

El Mercurio, Santiago de Chile,

21 de diciembre de 1930.

L'ACTUALITÉ LITTÉRAIRE Á L'ÉTRANGER

La curiosité que les écrivains sud-américains montrent à l'égard de l'Indien est un des éléments les plus curieux de cette littérature qui a trouvé dans son continent tant de motifs nouveaux d'inspiration. Ce désir de comprendre l'indigène, silencieux et lointain, cette surprise en face de son mystère, ce besoin de le pénétrer, animent le nouveau livre d'Alfonso Reyes, *El Testimonio de Juan Peña* (Río de Janeiro). Cette nouvelle qui a des accents de souvenir et qui révèle une émotion profonde, participe de tout le talent poétique d'Alfonso Reyes. Il y a, en particulier, un sens du paysage vraiment saisissant, et que soulignent justement les dessins de l'illustrateur Manuel Rodríguez Lozano. C'est une histoire très simple, l'excursion d'un jeune avocat parmi des Indiens du Mexique lésés et qui ont réclamé son aide. Mais l'atmosphère de souffrance authentique et muette qui l'accueille, ce monde ignoré de lui jusqu'à ce jour et qui lui apparaît soudain dans sa réelle et douloureuse humanité, mériteraient à ce livre un sous-titre: *Découverte de l'Indien*. Car c'est une découverte, en effet, un coup de sonde dans la vie profonde d'êtres inconnus, et pour le lecteur l'enchantement d'une de ces oeuvres parfaites où la prose du grand écrivain mexicain est parcourue par un lyrisme puissant et contenu, souterrain, et qui, pour cette raison, donne plus de force et d'éclat au talent du conteur. Le regard jeté vers cette humanité misérable n'éloigne pas Reyes des sommets sereins de la poésie: il lui permet d'atteindre une connaissance plus vaste et plus complète et d'enrichir son génie des éléments les plus divers et les plus féconds de la réalité.

Marcel BRION.

Les Nouvelles Littéraires.

21 février, 1931.